



Biografía

TORCIDA DE ARRIOLA, TERESITA: Argentina, 1940 - 1988.

Narradora y dramaturga.

Aunque argentina de nacimiento, la obra de Teresita Torcida de Arriola pertenece totalmente a la literatura paraguaya.

De su producción narrativa se destacan en particular "CUENTOS DE TÍA LULÚ" (1971), una colección de relatos, y una novela corta titulada "Y SOY, Y NO" (1975), publicada en un mismo volumen con "ANDRESA ESCOBAR" (1975, Premio «Hispanidad 1975») de Ana Iris Chaves de Ferreiro.-

Según el profesor y crítico español José Vicente Peiró Barco, su «principal aportación narrativa es la apertura comunicativa de su protagonista: un hombre».-

También es autora de "FARSA DE UNA FARSA" (1971), una obra de teatro.-

(Fuente: "BREVE DICCIONARIO DE LA LITERATURA PARAGUAYA" / 2da. Edición – Autora: TERESA MENDEZ-FAITH ** Editorial EL LECTOR, Asunción-Paraguay 1998)

TERESITA TORCIDA DE ARRIOLA (1940 - 1988) : Como hemos anticipado, Teresita Torcida de Arriola es una autora de origen argentino que se dedicó a la prosa además de al teatro, publicando una obra en este género titulada "FARSA DE UNA FARSA" en 1972. Su labor creativa tuvo continuidad durante los años setenta. Editó en 1971 "Los cuentos de tía Lulú" y en 1975 su única novela corta publicada, "Y soy. Y no", que logró el tercer premio Hispanidad del año 75, obra de la que hemos seleccionado un fragmento.

El incluirla en esta antología se debe principalmente al carácter de su obra y al tipo de protagonista: es el extenso monólogo de un hombre, una suerte de traducción del llamado pacto autobiográfico entre el narrador de ficción y su propia realidad. En la narración se percibe ante todo el ritmo monocorde reflexivo de la voz del narrador-protagonista. Pero el modo discursivo sensible hace que la autoevaluación de su comportamiento se convierta en un relato donde se percibe especialmente la voz tenue de la mujer.

El fragmento que hemos seleccionado se corresponde con el capítulo tercero de la obra. En él se puede percibir técnicamente el empleo de la frase entrecortada, breve, dubitativa (como reflejan las reticencias de los puntos suspensivos), como la mujer observa la actitud del hombre solitario con problemas. La originalidad del discurso estriba también en los guiños del narrador al lector, a quien formula preguntas directamente relacionadas con aspectos transcendentales y filosóficos sobre la conducta humana. Pero en lugar de ser una novela morosa, la narración es ágil, expresiva, y sobre todo, intuitiva, como este fragmento demuestra.

En el plano temático, el fragmento nos demuestra que la autora ha tratado de penetrar en el pensamiento de un hombre, que por extensión puede representar a un determinado tipo misantrópico del género humano. El protagonista se debate entre el dilema de su amor y las relaciones sociales de la mujer marcadas por la creación de una familia, hecho que supondría caer en la rueda social. Hay una intención furtiva en sus actos ante la imposibilidad previsible de poder alcanzar la plenitud del amor de Estrella, pero la autora va poniendo en entredicho los lazos sociales y familiares que impiden el total desarrollo de la libertad individual.

Esperemos que este fragmento ayude a situar en su lugar merecido a una narradora que ha pasado inadvertida en el panorama de las letras paraguayas, pero que sin embargo tiene un gran valor al haberse mostrado como precedente de las obras con profusión de monólogos que van a aparecer en los años siguientes, como se puede observar en los

Y soy. Y no (Novela, Cap. 3)

Y soy. Y no

(Capítulo III)

Un día...

Mejor dicho: otro día... No sé cómo, ni por qué. No sé cuando, ni con quién... Crucé otra calle y otra vereda... y me sentí mejor.

¡Y al tercer día volví a hacerlo, y me sentí aún mejor!

Por fin, ¡oh cielos! ¡Por fin! ¡Por fin pude volver a tomar posesión de mi moral, mi fe en los principios, mi honradez espiritual! ¡Qué tarea de titanes! ¡Sí, señor!

¡Y todo eso, yo solo! Sin su ayuda, sin ayuda de nadie, había alcanzado mi vuelta a la nada.

¡Y nadie me felicitó!

Ni usted, ni ella, ni nadie.

Nadie.

¡Ni yo!

Cuando me di cuenta, había retomado mi día por la misma calle, la misma vereda y las mismas horas de Estrella, con la misma indiferencia o desapasionamiento de antes, y volví a ver las cosas no como ellas son, ¿sabe?, sino a través de mí mismo, y volví a percibir el mundo exterior sin más razón que la mía propia; proyectándome hacia la gente, hacia el bulto, sin pizca de fantasía.

Pero...

Perdón. ¿Ud. se preguntó alguna vez cuántas cosas pueden percibirse al mismo tiempo?

No se preocupe, yo se lo contesto, lo leí una vez no sé dónde. Dicen que nosotros solamente podemos ver parte de las cosas que nos rodean, claro que la atención depende del nivel del estímulo; así, si oímos continuamente el tic de un reloj dejamos de advertirlo, pero nos damos cuenta si el reloj se para, y todo porque la adaptación a un estímulo disminuye siempre la intensidad, y a la inversa, el cambio de estímulo intensifica la atención. Matemático, ¿Ve?

Y eso fue lo que pasó.

Por un milagro de qué sé o de quién, me convertí de pronto para Estrella en el tic tac que se paró, y la sorpresa que le noté en el ceño al volverme a ver, y hasta el alivio que le brillaba en los ojos, ¡oh, Dios, me hablaron de cosas, de mil cosas!... Pero no me animaba a creerlas en medio de mi «supuesta» indiferencia y desapasionamiento.

Así...

Sonrió casi como en un saludo. Bueno, como lo haría usted o yo si tomara el mismo colectivo todos los días y el conductor fuera siempre el mismo. Con esa especie de satisfacción... ¡No!... ¡Mejor: de alegría! ¡De calor humano! ¡De complicidad y unificación, de caminos a realizar juntos, de vidas semejantes!, ¡que sé yo, de tantas cosas...!

Pero a pesar de mi supuesta indiferencia o desapasionamiento, para mí no podía todo eso ser tan simple. Tenía mi amor enroscado y caliente, envuelto en nervaduras y brillante de anhelos, y una sonrisa, su sonrisa, fue mucho más que un saludo: fue la cafetera, el vaso de cuero, el rosario. Santa Teresa y el agua bendita.

No sé ni cómo, pero me acerqué y la saludé. Noté que la tocaba sin haber llegado a poner mi piel sobre la de ella, sobre ese vestido a motitas y ese lazo de colgantes.

Se sorprendió (pero no mucho). Y me contestó:

Yoya le había dicho: ¡hola!

Ella al pasar me dijo: chau. Y como un brusco golpe de hambre, sentí en el aire vibrante que cada cual seguíamos nuestro rutinario camino, pero llevábamos por fin nuestra soledad más acompañada que nunca.

¡Qué ganas de contárselo a Anselmo!

¡Qué ganas de decirle lo que era capaz de sentir este hombre bajo y feo!

¡Qué ganas de tirarle a la cara mis proyectos y afanes, la risa que me brotaba sin razones, las arrugas de mi piel muerta de anhelos! Y qué deseos incontenibles de burlarme a gritos de su pelo aceitoso y enrulado, de sus teñidas conquistas femeninas, de su exuberante musculatura: «ríete y el mundo reirá contigo... sí, hijo, llora y sólo conseguirás que se te ponga roja la nariz», y ante ese tropel de pensamientos dispares y ajenos, me nacían mil carcajadas que en vano trataba de ocultar tras el periódico desdoblado.

Subí corriendo las escaleras que me llevaban a la oficina desechando por primera vez la comodidad del ascensor. Fiché fuera de hora. Y lo que nunca había hecho, dejé tirado sobre una silla cualquiera mi saco gris oscuro. Me senté tras la mesa. Tomé la carpeta del día, el borrador y el lápiz..., y sólo supe hacer mil dibujos en papeles distintos sin llegar a traducir en toda la mañana aquella carta en portugués que hablaba de no sé qué importante y urgente negocio de maderas.

La secretaria general, una señorita algo mayor y en extremo meticulosa, se creyó en la obligación de llamarme la atención en dos o tres oportunidades, mientras con viperino disimulo, trataba de averiguar causas y razones.

Menos mal que Pedro vino en mi ayuda la última vez que me acorraló la vieja, porque realmente, no sabía ya qué cosa sensata contestar.

Pedro... ¡Qué buen hombre! Serio. Redondo. Casi místico. Con sus pocos pelos bien peinados y su tiesa corbata moñito. Una pequeña representación en serio de cualquier caricatura cómica, pero aparte de eso, un individuo de aquellos que saben conjugar el verbo dar, sin pensar en la ley del toma y daca.

«Cuando haya pasado mi hora postrera, dirán de mí los que más a fondo me conocen que siempre he arrancado un cardo y he plantado una flor, doquier me haya figurado que una flor podía crecer». Si no lo hubiera escrito Lincoln, lo hubiera dicho Pedro. Tenía siempre la manía de hacer el bien, de practicar la paz, pero por sobre todo eso tenía la obsesionante testarudez de no permitir jamás a nadie hablar mal de los demás ni inmiscuirse en donde no les importara.

Pienso que tal vez fue por eso que pudo intuir el hecho de que algo anormal estaba ocurriendo, y con pasos medidos fue acercándose parsimoniosamente hasta mi escritorio, despidiendo autoritario su reconocida postura mental.

En dos palabras captó la situación, y sin permitir ataque ni defensa por ninguna de las dos partes, evaluó situaciones. Luego, calándose lentamente las antiparras y carraspeando bajito autorizome salir antes de hora.

¡Qué alegría!

¡Qué euforia!

¡Qué extraña sensación de poseer mil energías distintas para luchar, y no tener fuerzas para nada! ¡Fíjese! Era como si al final de mi propia alegría y euforia, sólo me quedara un feliz agotamiento.

Al llegar de regreso a casa, ¡qué susto!, me topé con la señora del portero que en fracción de minutos me comentó del parto de la del 1º «B», la quiebra fraudulenta del señor del 2º «A», y la artritis espantosa de su marido.

La oí sin escucharla mientras subía a mi departamento recién pintado de colores brillantes y nunca vistos. Anselmo estaba enfrente.

Sí. Anselmo, Apoyado sobre el quicio de la entrada a su pieza, moviendo sus asquerosos pies..., sobándose la camisilla larga sudada, de arriba y abajo, fumando en esa lustrosa boquilla de oro con iniciales grotescas.

Me saludó como siempre sobrándome en altura y virilidad.

-¿Qué cuenta el taperola del edificio? ¿Tan temprano y solito y solo?

No le di importancia. Sonreí a la supuesta gracia y con mal disimulado apremio me deslicé al interior del departamento y quedé recostado contra la puerta como para juntar aliento. Segundos después, como si un resorte escondido me empujara, me tiré contra la imagen de Santa Teresa y la besé desde la coronita de rosas, hasta la punta del crucifijo perdido entre sus manos. Llorando me persigno, me rocíoa salpicones con el agua bendita y de rodillas en el piso rezo apurado las oraciones de la noche cuando apenas son las 4 de la tarde.

¡Comprenda! Es que necesitaba tiempo para revivir con meticulosa lentitud aquella fracción de segundo que había compartido con Estrella. ¿Qué quiere? Por eso me tiro de inmediato sobre la cama, por eso ni siquiera caliente el café, por eso ni me desvisto ni cierro las ventanas por donde entra el agresivo el solcito suave de principios de primavera. Y aunque hubiera querido, esa noche no existió muro de iglesia que me hablara de Dios, de Cruz, ni de Siglos. Sólo fantasías y ensueños, éxtasis y hasta divagaciones con su serie irregular de pensamientos abstractos convirtiéndose de pronto en imágenes concretas.

Fuente [Narradoras paraguayas \(antología\)](#)- [José Vicente Peiró](#), [Guido Rodríguez Alcalá](#)- [recopiladores]. Edición digital: Alicante : [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#), 2000. N. sobre edición original: Edición digital basada en la de Asunción (Paraguay), Expolibro, 1999.

Ingresar al Perfil Completo en [PortalGuarani.com](#) ➤

Portal Guarani © 2024
Contacto: info@portalguarani.com
Asunción - Paraguay